**A NOVA DEMOCRACIA BRASIL: Editorial**

**Los lobos sin disfraz**

La lucha de los sordos en el nido de serpientes entre el llamado “ala económica”, ligada a Paulo Guedes, y el “ala militar”, encabezada por los generales del Planalto, ganó en la no renovación del actual presidente de Petrobras, Roberto. Castello Branco, y su sustitución por otro milico, un episodio sin precedentes. La tragedia brasileña, que se acerca a los 250 mil muertos en el contexto de la pandemia, adquiere la apariencia de una comedia grotesca cuando vemos salir de la boca de Bolsonaro el lema “El petróleo es nuestro”, mientras los demócratas y humanistas de la ocasión, a través de los columnistas del monopolio de la prensa, hacen la indecente defensa del todopoderoso “dios del mercado”, en cuyo altar no importa que se sacrifiquen los intereses de la gran mayoría de la nación. Con respecto a la política económica, los defensores de la “democracia” están, ya lo ve, a la derecha del capitán de la selva. La actual política de precios que practica Petrobras merece un solo adjetivo: criminal. Esta política es responsable del propio gobierno Bolsonaro / Guedes, que continuó con la espuria política de Temer de dolarizar el precio del petróleo y los productos derivados del petróleo, vinculando automáticamente sus reajustes en el mercado interno a las oscilaciones que se produjeron a nivel mundial. Como sabe cualquier colegial, el precio de la producción de energía impacta en toda la cadena productiva, con efectos inmediatos y perversos sobre los trabajadores. Para colmo, esta dolarización se da en un contexto de fuerte devaluación de la moneda brasileña, que encarece el combustible, refuerza la inflación y la hambruna, que a su vez golpea el poder adquisitivo de los hogares y constriñe la economía, en un círculo de hierro que estrangula al país, en beneficio de un puñado de especuladores nacionales y extranjeros y del sector exportador, especialmente el “agronegocio”, que se vuelve más competitivo a medida que el real se abarata frente al dólar. La inflación, por lo tanto, que afecta a quienes viven de salarios con especial violencia, es una enfermedad estructural de la economía brasileña, cuya base última está en el latifundio monocultivo por un lado y la subyugación del imperialismo por el otro. Y el problema es tan grave que Brasil es capaz, en estos días, de combinar la alta inflación con la recesión, en una especie de matrimonio de desgracias que devora el nivel de vida de la gente. Por tanto, en todos los aspectos, la vieja canción que ve el aumento del consumo popular como el villano de la inflación es falsa. Esto se disparó en 2020, simultáneamente con el deterioro del ingreso promedio de los brasileños, que cayó un 20% en el mismo período.

Como podemos ver, estamos ante un problema mucho más amplio que el tema de los camioneros, que de hecho, como dice este Y en su editorial, es material explosivo en la situación nacional. Porque ni Bolsonaro, el bravadoiro, podrá llevar a cabo su guiño populista hasta el final, so pena de perder el apoyo de Faria Lima y ver caer al gobierno. Y es interesante darse cuenta de que para estos asesinos perfumados, nada vale las miles de vidas sacrificadas en la pandemia, el crimen de herir a la humanidad en Manaus, el sabotaje a la vacunación, la defensa abierta del fascismo y la tortura, el hecho que unos millones de brasileños pasan hambre o tienen que recurrir a leña y carbón para cocinar (porque el precio del gas para cocinar también se ha disparado, lo que también tiene que ver con el desmantelamiento de refinerías por parte del gobierno federal). Hasta entonces, los yuppies estaban “cerrados con Bolsonaro”, y festejaban la aprobación de la “autonomía del Banco Central” por parte del Congreso, mecanismo que busca resguardar la política económica de las “presiones”, es decir, de la situación concreta de las masas., como se ve ahora, por ejemplo, aunque en otro ámbito, con respecto a Petrobras. Pero, basta con nombrar una cifra de su disgusto (hasta ahora, solo eso ha sucedido) que amenazan con roer la cuerda, hacer bajar el precio de las acciones y predecir todo tipo de inestabilidades.

De hecho, el régimen ideal para estos parásitos, que viven en enclaves ricos, tan lujosos como vigilados, es el de Pinochet. Bolsonaro también sueña con esto, y es el programa que aplicará si su golpe tiene éxito. El problema es que, para llegar allí, es necesario levantar una base masiva, algo que no se logra así.

El compromiso de Bolsonaro, nuestro Bonaparte como boteco, es, en primer lugar, consigo mismo y su pandilla. Acosado por las investigaciones de los crímenes que cometió antes y después de asumir la presidencia, tiene en el golpe de Estado no solo un proyecto político sino la única carta de salvación personal. Piense en concreto: dejando a Planalto, sin los recursos que le ofrece el cargo, no tendrá fuerzas para afrontar la avalancha de denuncias que le aguardan, y la cárcel será su destino justo. Por tanto, la permanencia en el cargo, incluida la reelección (como mera etapa intermedia del golpe, o incluso como excusa para llevarlo a cabo) es para él una cuestión de vida o muerte. Para los generales, tan corruptos y genocidas como él, el problema se presenta desde otra perspectiva, ya que, como casta, su vida no depende de tal o cual gobierno, sino que estará asegurada hasta que los derroque y entierre la revolución. Para ellos, decíamos, el problema es político: pretenden imponer una política fiscal y presupuestaria que sirva a sus objetivos contrainsurgentes, cuyo problema táctico inmediato es frenar la inminente explosión social, un entorno en el que pueden perder el control de la situación para la extrema derecha bolsonarista, además de ver fortalecerse en este proceso las auténticas fuerzas democráticas y revolucionarias. Por ello, y también, como antecedente, por el vínculo orgánico entre las Fuerzas Armadas y la gran burguesía burocrática, que descansa en causas muy objetivas (para ellas es clave, incluso para mantener la condición de fuerza principal en el Sur de América, para evitar el desmantelamiento completo del parque industrial nacional), los generales se deben a la intervención económica integral del Estado, que corresponde, en la superestructura, a una mayor centralización del poder en el ejecutivo. El solo hecho de ver en su desempeño en el gobierno la búsqueda de dinero y beneficios, o la adhesión a los valores de Bolsonaro, como hace el moralista pequeñoburgués, no tiene nada que explicar. Hoy, los generales y el capitán convergen, aunque persigan objetivos diferentes, por la misma defensa de una mayor centralización política / intervención económica. Son una especie de enemigos inseparables.

Para los revolucionarios, la única posición consecuente es denunciar tanto a los reaccionarios dentro como fuera del gobierno de manera implacable e inmutable. ¡Ninguna concesión a los humanistas de la ocasión, los demócratas de salón, que, en nombre de la defensa de la “constitución”, defienden la continuidad de sus privilegios! ¡Abajo Bolsonaro y el gobierno militar, genocida y rendición, culpable de cientos de miles de muertes y hambre! La única alternativa es la lucha y la movilización independiente de las propias masas populares. Aparte de eso, solo existe el camino de sucesivas masacres y traiciones, en manos de los bandidos de uniforme o corbata.